Reflexiones y recursos para celebrar

los 500 años del movimiento de la Reforma

Número **29**, año **2017**

La reforma en términos litúrgicos

"Una revolución que no llega a una descolonización del pensamiento, sigue siendo colonial." [1]

Cambiar la celebración de la misa del latín al alemán, introducir cánticos de melodía simple y muchas veces tomados de tonalidades populares que la gente ya conocía, para que pudieran cantarse fácilmente, poner la Biblia en un lenguaje propio en manos de las personas, participar a los fieles del pan y de la copa durante la Eucaristía (Santa Cena), cambiar los hábitos litúrgicos ostentosos por un ropaje más simple… Sólo estos elementos constituyen una revolución en términos litúrgicos. Y fueron aquellos y aquellas que hoy conocemos como reformadores y reformadoras quienes dieron impulso a estos cambios hacia el interior de la iglesia. Luego, las controversias teológicas, no exentas de intereses políticos, terminaron derivando en iglesias diversas y en tradiciones particulares. Pero no hay que perder de vista que la intención original era animar la Reforma "dentro" de la misma iglesia de Occidente.

Dependiendo de los autores que elijamos leer, definirán esa Reforma como más radical o menos radical. De lo que no pueden quedarnos dudas es del cambio extraordinario que generaron estas transformaciones en su momento hacia el interior de las comunidades de fe, particularmente en su modo de celebrarla. Y lo que significaron en términos de acercamiento a la fe a millones de personas que, hasta ese momento, eran meramente espectadoras de propuestas litúrgicas exclusivas y absolutamente verticales.

A 500 años de ese acontecimiento que conocemos como "La Reforma", durante el año 2017 estaremos conmemorando y también celebrando, dado que en definitiva aquel impulso de Lutero al clavar (postear) sus tesis en el Facebook de aquellos días, se ha transformado en el disparador de un movimiento que, con sus antecedentes previos que no pretendemos ignorar, puso nuevamente a la Palabra de Dios y a su interpretación comunitaria en el centro de la vida religiosa.

Las comunidades que se fueron sumando a la propuesta de Reforma y renovación, construyeron un nuevo paradigma litúrgico, más horizontal, más dialogal, más inclusivo, más cercano a la vida concreta de las personas, más abierto a que la vida cotidiana latiera en las oraciones, se reflejara en los himnos, se proyectara en los mensajes, se tradujera en una espiritualidad comprometida con los procesos históricos. No siempre tenemos estos elementos presentes al evaluar el impacto del proceso reformador al interior de las comunidades de fe. Los cambios en la vida celebrativa fueron enormes. Lutero era consciente de ello y supo explotarlo de manera creativa y consistente con una Teología que volvía a colocar en el centro de la escena a la Palabra de Dios.

Pasados los siglos, nos toca preguntarnos a quienes hoy nos reconocemos como herederos y herederas -no sólo de Lutero sino de todas las mujeres y los hombres que (antes, durante y después) impulsaron los procesos transformadores- si hemos mantenido la fidelidad a esa impronta innovadora y contextualizadora en términos lítúrgico-celebrativos. Sin entrar en análisis específicos de las diversas tradiciones de lo que solemos denominar "iglesias históricas"[2], hay que reconocer que estamos en deuda con la constante actualización y renovación de la experiencia litúrgica de las comunidades.

En muchos lugares la liturgia se ha convertido en un nuevo ritual completamente alejado de la cotidianeidad de las personas, con un lenguaje comprensible sólo para iniciados, con gestos y formas que no se comprenden si uno no ha nacido o crecido dentro de la iglesia, con fórmulas repetitivas que por su reiteración automática han perdido su esencia, con expresiones que no acompañan los desafíos de adaptación del lenguaje que nuestro tiempo reclama, con preeminencia de "funcionarios" que se apropian del ejercicio comunitario de lo celebrativo, con músicas que amamos pero que no guardan relación con la riqueza musical que nos ofrecen nuestros entornos o con las nuevas manifestaciones musicales que vivencian las nuevas generaciones, con textos cuyo lenguaje teológico responde a preguntas de otros tiempos… Y la lista podría seguir.

No pocas personas justifican esta esclerosis litúrgica en aras de la conservación de un sentido identitario dentro de determinada tradición. "Esto que hacemos nos HACE luteranos o metodistas o reformados o anglicanos". ¿Será verdad? ¿Será que la identidad de una persona creyente sólo puede definirse por la preservación de un orden litúrgico o por la repetición de credos y oraciones cual si fueran "mantras"? ¿No será que la identidad también puede (y debería) definirse por la adhesión al proyecto salvífico que nos fue presentado en Jesús de Nazaret? ¿No fue justamente Jesús, a quien confesamos nuestro Salvador, quien cuestionó al establishment religioso de su tiempo justamente por su afán conservador, por sus liturgias alejadas de la gente, por su apego a tradiciones que esclavizaban en lugar de liberar?

Nos ayuda en este punto, la lucidez y claridad de Nicolás Panotto, quien afirma: "De aquí podríamos tal vez leer con otra mirada la famosa expresión popular: "Si Dios es un Dios de orden…" Los síntomas eclesiales se manifiestan a través de las exclusiones. Son las ideas que se rechazan por no alinearse con los discursos establecidos como verdaderamente bíblicos, son las personas que se encuentran en pecado por no responder a las moralinas establecidas, son las prácticas eclesiales que quedan de lado por no ser funcionales a las estructuras de liderazgo. En fin: muchas veces los síntomas manifiestan elementos que no necesariamente representan lo que Dios niega sino lo que nosotros/as queremos mantener reprimido."[3]

Pues bien, en ese sentido, creyendo que la identidad de cada comunidad de fe debe estar ligada a la propuesta liberadora del Evangelio de Jesús, que puede animarse a soltar lo reprimido (como de hecho sucedió en tiempos de la Reforma), es que creemos que la experiencia litúrgico-celebrativa de nuestras comunidades debe dejarse desafiar constantemente por la relectura del Evangelio y por la permanente construcción de puentes entre ese Evangelio y la realidad concreta, el contexto, la cultura, sus desafíos y demandas. No es posible celebrar hoy como hace 500 años. No es posible hacerlo siquiera como hace 10 años. La sociolingüística considera al lenguaje como algo vivo, en constante evolución. El lenguaje ve nacer palabras y expresiones nuevas de manera constante. Y ve la muerte o la pérdida de sentido de otras expresiones. Nadie habla o se comunica como lo hacía hace 20 años. Sin embargo, en las iglesias insistimos con los mismos usos y costumbres, como si lo sagrado fuese justamente el lenguaje y la forma y no el anuncio liberador y salvífico de un Dios de gracia que se nos ha manifestado plenamente en Jesús. Ese anuncio debe hacerse comprensible, cercano, asequible a cada ser humano en su compleja y rica diversidad.

Volvemos a Panotto, que nos desafía a buscar, a construir "una espiritualidad que responda a los nudos traumáticos de la realidad". En contextos de constante cambio y evolución, que involucran sus traumas e inseguridades y vacíos materiales y existenciales, no es posible sostener teologías ni propuestas litúrgicas que sean expresión de "una manera clausurada de ver a Dios"[4]. De allí sólo pueden derivarse ideologías eclesiales opresoras que en el mantenimiento de un determinado "orden" y estabilidad (¿identidad?) intentan evitar las tensiones de la vida, los cuestionamiento en el terreno de la fe, nuevas miradas teológicas, nuevas propuestas litúrgicas, libertad, movimiento, crecimiento y, en definitiva, fidelidad al Evangelio.

Quizá muchas personas que accedan a estas humildes líneas concuerden en teoría con esta propuesta de revisar nuestras liturgias, nuestro modo de vivir y celebrar la fe. Pero, a la hora de lo concreto, ¿por qué a algunas comunidades de fe les cuesta tanto hacer suya esta herencia transformadora

y hasta revolucionaria, impidiendo que sea parte constante del movimiento, del caminar de las comunidades de fe a través de los tiempos?

Desde nuestro espacio de promoción de la vida litúrgica y celebrativa de las comunidades de fe en América Latina, desde una perspectiva ecuménica y en constante diálogo con el entorno, creemos que hay desafíos que debemos encarar sin demora para mantenernos en el rumbo que nos marcaron quienes se aventuraron en procesos de transformación a lo largo de la historia. Hoy se hace necesario otro movimiento reformador en términos litúrgicos para acompañar de manera coherente el pensamiento teológico de las iglesias que deseen seguir el camino de Jesús.

Un ejemplo apenas para ilustrar el desfasaje entre la evolución del lenguaje teológico y el avance de derechos: enfatizamos la equidad de género, abogamos por el necesario reconocimiento del rol de la mujer dentro de la estructura social y eclesial, vamos a las marchas por "ni una menos", redactamos declaraciones a favor del derecho a las mujeres a decidir libremente sobre sus vidas y sus cuerpos… pero seguimos utilizando un lenguaje misógino y kiriarcal: "Padre nuestro…" y no nos animamos a romper con esa tradición/costumbre/hábito de hablarle a Dios solamente como padre. Mucho más rico es encontrar otras metáforas para dirigirnos a Dios, que jamás podría estar contenido en un único concepto y menos en uno que ha servido para justificar tantas situaciones de opresión, de violencia y de muerte. Las referencias constantes a Dios como "Señor" o a Jesús de la misma manera, han contribuido también a reforzar la idea de un Dios dominante, obviamente masculino, de jerarquías, que infunde hasta cierto temor, y no precisamente del "temor reverente". Cuando las primitivas comunidades cristianas confesaban que "Jesucristo es el Señor", lo hacían como una afirmación de fe contracultural. Era una afirmación arriesgada, porque al decirlo estaban afirmando que el sistema opresor romano no estaba ni estaría nunca por sobre el proyecto de vida plena que se había inaugurado en Jesús, ese proyecto que los hacía libres y que los convertía en comunidad solidaria en las luchas y en las esperanzas. A partir de la constantinización del Cristianismo, el concepto del "señoreo" de Jesucristo pasó a tener otras connotaciones que lo vinculaban al ejercicio del poder, el control, el sojuzgamiento a partir de un lenguaje de fe políticamente colonizado. Y si a esto le añadimos que, desde la perspectiva de género, tampoco es adecuado el uso de ese concepto, bien haríamos en aceptar el desafío de encontrar nuevas formas, contraculturales nuevamente, para referirnos a Dios, a Jesús, a la Espíritu Santa.

Todo lo anterior vale también a la utilización de la expresión litúrgica "Kirie, eleison" que no solamente ha sido corrida de su espacio litúrgico original, vinculado a la intercesión antes que a la confesión de pecados, sino que mantiene en vigencia ese concepto de "Señor" que estábamos cuestionando en los párrafos precedentes. Las teologías feministas, desde hace muchos años ya, critican las formulaciones teológicas kiriárquicas o kiriarcales que sostienen modelos opresivos hacia las mujeres, pero también hacia todo lo que logren someter desde su discurso dominante. La liturgia ha sido funcional, en este sentido, al sostenimiento de esta construcción del poder opresivo y cercenante de derechos.

También en lo que hace al uso de los credos en las estructuras litúrgicas de nuestras tradiciones eclesiales. Es claro el valor "ecuménico", en el sentido de universal, de los primeros credos que compartimos la gran mayoría de las iglesias cristianas: apostólico, niceno-constantinopolitano y atanasiano. Como credos de valor histórico es comprensible que la Teología los quiera conservar, estudiar, transmitir. Pero, ¿siguen teniendo un valor litúrgico que los coloque por encima de otras afirmaciones de fe? Estos credos evocan debates teológicos propios de un tiempo acotado, fruto de búsquedas temporales, resultado de internas político-religiosas donde en ocasiones las mayorías se consiguieron de maneras no muy ortodoxas y donde a las minorías no siempre les fue muy bien. ¿Queremos seguir confesando nuestra fe de ese modo, con palabras oxidadas, ignorando los temas que hoy apelan a las iglesias y a su fe evangélica? Confesiones como las de Barmen, Belhar, Accra, son ejemplos de otros modos de afirmar la fe en diálogo con las circunstancias, en respuesta a las demandas de contextos cambiantes y, sobre todo, en sintonía con el evangelio de la vida que nos fue compartido en Jesús, el caminante nazareno.

Un último punto antes de concluir tiene que ver con las canciones e himnos que son parte del repertorio de nuestras iglesias. La utilización de pesados himnarios, acotados en sus posibilidades de abarcar la riqueza musical de siglos y en la necesidad de sumar constantemente lo nuevo que se va produciendo, son una limitante a la hora de acompañar la experiencia celebrativa de las comunidades. El uso de alternativas tecnológicas que permiten proyectar himnos y canciones o la impresión de boletines semanales son algunas alternativas que "abren" el juego a la hora de proponer un repertorio más amplio e inclusivo. La Teología de un grupo de personas se construye más a partir de lo que canta que de lo que se predica y, en ese sentido, cuidar la elección de buenos textos es esencial. Si esos textos no existen, habrá que crearlos. ¿Cuántas canciones o himnos conocemos que aborden el tema de la diversidad sexual? ¿Cuántos que se refieran a la equidad de género y cuántos otros que hablen del derecho a una vida digna, plena, solidaria? ¿Cuántos que refieran al flagelo de la trata de personas o la necesidad del cuidado del medio ambiente o a las migraciones, los muros, la discriminación, el desprecio por la vida de las otras personas y el compromiso por relaciones de cuidado mutuo, de solidaridad? No se trata sólo de alabar a Dios, que para ello hay miles y miles de alternativas. También se trata de cantar nuestros compromisos y de afirmarnos en el sendero del servicio al proyecto comunitario al que nos invita Jesús.

Claro que, como me preguntaba un buen amigo teólogo y amante de las cuestiones litúrgicas, ¿cómo evitamos el riesgo de no "fundamentalizar" esta propuesta de renovación y actualización constante que estamos sugiriendo? ¿Cómo evitar caer en el extremo del "todo vale"? ¿O cómo salvarnos de entrar en la "onda" de las propuestas de adoración consumistas que sólo ofrecen lo que anticipadamente saben que cierto grupo de personas anhela consumir? ¿Cómo hacer para que lo que se construya comunitariamente en fidelidad al Evangelio mantenga la frescura y simpleza sin perder la profundidad teológica y sin dejar de ser desafiante, profético? ¿Cómo incluir en el diálogo a adolescentes y jóvenes para que las propuestas no sean meramente adultocéntricas? ¿Cómo trabajar interculturalmente en un mundo globalizado pero a la vez tan diverso? ¿Cómo entendernos como comunidades de "la Palabra" más allá de la palabra hablada, en tiempos donde la imagen reina, en tiempos donde la comunicación se limita a veces a 140 caracteres? ¿Rapearemos alguna vez himnos y canciones?[5] Son las preguntas que debemos animarnos a hacer para que ningún modelo litúrgico tradicional ni ninguna propuesta litúrgica innovadora, por creativa que sea, se "canonicen" y se constituyan en absolutos.

No es nuestro deseo que a esta altura de su lectura sientan que no valoramos nada de lo que en términos litúrgicos sucede en nuestras comunidades de fe en América Latina. Desde nuestra tarea en la Red Crearte hemos podido compartir muchos espacios donde estos temas han sido abordados y continúan siendo parte de la agenda de diálogos y ricos debates al interior de las comunidades y aún a nivel de denominaciones. Pequeños pasos se han ido dando y otros seguirán en este proceso de buscar un lenguaje y una práctica que no pierdan su impronta liberadora e inclusiva. Lo más bello que puede suceder si nos animamos a transitar estos rumbos es que, de pronto, nos reconozcamos como iglesias coexistiendo bajo el mismo manto de la Gracia de Dios y teniendo como horizonte la fidelidad al proyecto de Jesús, animados y animadas constantemente por el soplo libre de la Espíritu Santa.

Animamos a quienes trabajan en el campo litúrgico-celebrativo a reflexionar sobre las cuestiones que aquí apenas esbozamos, a meditar sobre los mejores modos de acompañar y fortalecer una espiritualidad comprometida con la vida abundante y plena. Animamos a orar, a abrir espacios de diálogo, a impulsar debates respetuosos e intensos sobre estos asuntos, a construir puentes entre lo heredado y lo que nos desafía hoy, a cantar canciones nuevas, como nos proponen los salmos, a buscar el camino hacia comunidades cada vez más abiertas, inclusivas, solidarias, liberadoras, dialógicas, interculturales e intergeneracionales, litúrgicamente contextuales, pertinentes en su propuesta teológica en fidelidad al Evangelio.

Otras liturgias son posibles. ¡Y cada vez más necesarias en un mundo donde lo diverso aparece como amenaza y no como un don maravilloso del Dios Creador!

Pastor Gerardo Oberman

Notas:

1. Enrique Dussel en http://laiguana.tv/articulos/38305-entrevista-enrique-dussel-descolonizacion-revolucion-clodovaldo, visitado el 08-12-2016, 19 hs
2. No analizaremos en este breve escrito las particularidades de las tradiciones eclesiales más litúrgicas y las más confesionales. Tampoco haremos distinción entre iglesias de origen migratorio o fruto de la actividad misionera ni abordaremos los énfasis litúrgicos particulares de cada una.
3. Tomado de Lupa Protestante, http://www.lupaprotestante.com/blog/iglesias-sintomaticas-fe-ideologia-y-la-amenaza-de-lo-reprimido/ (consultado el 15/02/2017)
4. Artículo ya citado en la nota precedente.
5. De un rico intercambio en redes sociales con Dan González Ortega, a quien agradezco por sus aportes.

Los artículos de este ciclo de reflexiones no necesariamente expresan la opinión de las iglesias de la Comunión de la Reforma.